

La eterna injusticia y la eterna estultez

pañeros de Nerva han celebrado un importante mitin. Las entidades obreras y agrupación «Redentores del Porvenir», de Jerez de la Frontera, haciendo honor a su pasado envuelto con el sudario de la muerte de compañeros inocentes, han realizado otro importantísimo mitin público.

En el Cabañal (Valencia), con el concurso de los compañeros del Grao ha tenido lugar otro importantísimo acto, y por fin diremos que en el mismo Logroño, en cuya cárcel están los inculcados, se organizó el domingo, día 18, un mitin de transcendencia suma para la causa que defendemos. Y no queriendo el Comité pro presos de Logroño cejar en su ardua labor, para el próximo domingo 2 de julio celebrará otro mitin con la asistencia de Marcelino Domingo, diputado a Cortes; José Medinaveita, de Bilbao, y nuestro compañero Galo Díez, de Eibar. Y de acuerdo con el Comité pro presos Cenicero de Barcelona, se realizará otro mitin el día 9 de julio al que asistirán cuatro o cinco delegados de esta capital.

También el Comité pro presos de Barcelona, tiene en proyecto celebrar un mitin el día 2 de julio en la Casa del Pueblo, en el que tomarán parte oradores de diferentes tendencias y otros mitins en diferentes localidades de Cataluña.

El Comité pro presos, de Gijón, ha publicado un conciso manifiesto poniendo al desnudo los hechos y señalando a los provocadores de los mismos para que la opinión pública los excre.

Entre los muchos telegramas remitidos figura el del Ayuntamiento de Figueras y el de la Sociedad de Zapateros de Mahón.

Con lo que someramente señalamos creemos sea lo suficiente para que cada uno se dé perfecta cuenta de la magnitud de la campaña.

Tampoco ha perdido en intensidad la campaña por liberación Castellví.

A medida que los días transcurren y la verdad sobre los hechos corre de boca en boca, un solo pensamiento domina el sentir general y una sola exclamación brota de todos los pechos... ¡veintidós años hace que está en presidio, siendo inocente!

A lo que nosotros agregamos: ¿es que no ha sufrido bastante? ¿es que no ha llegado el momento de abrirle las puertas de la cárcel? Creemos que sí.

Jamás podrá la sociedad, aunque lo colmara de riquezas, compensar la pena, el dolor, el sufrimiento físico que sobre Castellví pesa.

Solo una forma hay de atenuar en parte la importancia del error cometido, y ésta es concederle la inmediata libertad. ¿Lo harán los que pueden? Por si ellos no lo hacen, intensifiquemos la campaña, continuemos el camino emprendido y, no lo dudéis, lograremos que Castellví sea al fin devuelto a los suyos.

Hemos recibido de los condenados por los sucesos de Cullera la siguiente carta, cuya lectura recomendamos a todos los comités pro presos de España.

«Compañeros de TIERRA Y LIBERTAD: Salud.

Harto doloroso es para nosotros tener que llamar la atención cada vez que se vislumbran muy de cerca las inclinaciones del Gobierno a conceder una amnistia; pero, compañeros, los que gimen las rigurosidades del actual caduco régimen y perdieron la libertad defendiendo sus derechos de ciudadanos, no pueden callar en estos momentos que para nosotros son de vida o muerte. Hemos visto pasar muchas amnistias, ¿veremos pasar esta también? Abrigamos la esperanza de que vosotros sabréis emprender una campaña energética y libertarnos.

Tenemos la convicción de que sean cumplidos los acuerdos que se tomaron en la asamblea de Valencia, cuyos acuerdos conocemos perfectamente, por tener la hoja impresa.

Sería un crimen de lesa sociedad, que vosotros nos abandonarais, pero creemos firmemente que no será así; sabréis en los mitins que celebréis para este objeto, instruir al pueblo culto y liberal y decirle que hace cinco años que aquí en Santoña hay, echando torrentes de amargura, los hijos del pueblo laborioso de Cullera.

No dudando nos veremos protegidos y defendidos por el pueblo consciente que sabe exigir justicia, nos reiteramos enviándoos el más fraternal saludo y queda de vosotros y de la causa, en nombre de todos.—Federico Ausina.

P. C. de Santoña, a 15-6-916».

Reproducimos gustosamente el hermoso varapalo que Gaziel larga a la estultez del vulgo burgués, siempre injusto, aun cuando por necesidad de hacerse defender sus intereses de clase menos debiera serlo: siempre egoísta y vanidoso, hasta cuando el peligro de una brutalidad mayor se cierne sobre su cabeza significándole lo deleznable de sus pequeños sentimientos; siempre atrayendo la multitud proletaria a su cortejo triunfal... así como a la estultez del vulgo obrero que en todos los países se suma a los planes de engrandecimiento de sus amos, incondicionalmente, pródigo de su sangre, pródigo de sus vidas, sin más perspectiva que las eternas promesas que sus caudillos —joh, cuan poco distantes estamos de los tiempos romanos!— les envuelven en el oropel de ideales que creíamos trasnochados y que resucitan cuando el sable por un lado y los grandes rotativos por otro mandan obediencia a la guerra internacional que comerciantes sin escrúpulos, industriales ambiciosos y financieros sin pudor desencadenaron para apoderarse más fácil y rápidamente de riquezas que el verdadero productor no disfrutó jamás, que no disfrutará nunca, mientras se sume de modo tan incondicional, tan idolátrica, tan sumiso a los beati possidenti de la tierra.—N. de R.

LA GLORIA MILITAR

Dejad a los restantes que mueran, pero que no se hable de ellos.

MARIVAUX (Mariano, 2.ª parte, VI).

Esta anécdota, requiere una breve composición de lugar.

El entierro oficial de Gallieni ha sido la más grande solemnidad popular de París, desde que comenzó la guerra. El cortejo fúnebre, partiendo de los Inválidos, debía recorrer la orilla izquierda del Sena por el bulevard Saint-Germain, a través luego el río, estación en la plaza del Hôtel de Ville, ante el desfile de tropas, y seguir por la calle de Rivoli hasta la estación de Lyon. A primeras horas de la tarde, París entero se vació para agolparse a lo largo del cortejo. De la rive droite brotaban, por todas las bocacalles estratégicas, torrentes humanos. Los coches de alquiler eran tomados por asalto. Los edificios públicos ostentaban bandera a media asta y crespones. La perspectiva del Sena, era como una serie de hormigueros paralelos, de oleadas compactas de gentío, que se deslizaban en lo alto de los innumerables puentes. Los bateaux-mouches descargaban de continuo sobre los muelles húmedos, masas enormes de curiosos que llegaban de los faubourgs y pueblecillos de los alrededores: de Charenton, de Nogent, de St. Cloud y de Suresnes. La tarde era sofocante, con el ardor de un tiempo borrascoso y de un aire agobiado por nubes fofas y densas. La multitud gritaba, hervía, se estrujaba entre apretones continuos... Me dirigí como pude a la plaza del Hôtel de Ville.

Cuando llegó la comitiva,—llevando a su cabeza al Presidente de la República, el Gobierno en pleno, las representaciones diplomáticas y los delegados oficiales,—pasó a ocupar un amplio estrado, cubierto de paños funebres, y dispuesto a las puertas del Ayuntamiento. Comenzó el desfile de tropas: cazadores, argelinos, senegaleses, coraceros, artillería. Los bordes de la plaza rebosaban. Un cordón de policía procuraba contener el empuje expansivo de la muchedumbre. A cada instante se producían, en su seno, conmociones tremendas. Las rudas mujeres del pueblo se batían a puño cerrado contra los agentes, y chillaban hasta dominar con sus gritos el fragor de las bandas militares. Había curiosos en todas partes: en las ventanas, en los balcones, sobre los letreros salientes de los bazares próximos, en los tejados, en las cornisas y—a una altura vertiginosa—en lo más alto de las chimeneas domésticas, encaramados como grumetes, recostándose sobre el fondo plomizo del cielo. La expectación era enorme, y las ganas de presenciar los honores postreros que se tributaban al caudillo, entusiastas y fervidas.

En el centro de la plaza, completamente despejado, había un armón de artillería con el ataud, la guerrera, la espada y el kepis de Gallieni. A poco trecho, aparecía el caballo del general, cubierto de negras gualdrapas, inmóvil, solo, cabizbajo, como embebido en la apariencia filosófica de su irracionabilidad. Nada más.

El aspecto de esta exclusividad con que el muerto recibía el solemne homenaje de su pueblo, me hizo soñar, por contraste, en el olvido completo, fatal, en que yacían —a aquella misma hora—los soldados anónimos que le secundaron. Y a mi mente acudió, sin que yo lo quisiera pero con una luz definitiva, el recuerdo de la anécdota que voy a referir.

Era en los días de la batalla del Marne. Los enemigos luchaban rabiosamente, a orillas del Ourcq. La guarnición de París realizaba un ataque decisivo, para empujar hacia el Norte a los alemanes; y éstos se defendían con denuedo, procurando conservar las cercanías de la capital.

Una brigada francesa se hallaba acorralada en una posición insostenible. El fuego certero de la artillería enemiga la estaba aniquilando. El aprovisionamiento se hacía imposible. Los refuerzos pedidos con toda urgencia, no llegaban. Los soldados se encontraban exhaustos, muriendo de hambre, de sed y de fatiga. No había otro remedio

que dejarse matar en masa o abandonar la posición.

Algo apartado de sus hombres, el general comandante de la brigada se consumía en la incertidumbre. ¿Qué hacer? ¿Iba a dejar que sus soldados murieran defendiendo su puesto o les mandaría retirarse? A medida que pasaban las horas, las esperanzas de salvación se desvanecían por completo. Súbitamente, en el puesto del general apareció la figura enjuta y enérgica de Gallieni. «¿Qué ocurre?», preguntó el jefe. «Mi general,—respondió el comandante,—estamos perdidos. Mis hombres no han tomado alimento ni descanso, desde hace treinta y dos horas. No han dormido en cuatro días. Es inútil pedirles más: están muriendo uno a uno, y lo mejor sería retirarnos y salvar cuando menos a los que todavía quedan».

Gallieni lanzó al comandante una mirada iracunda. «¡Basta!—dijo.—Es imposible, por ahora, mandar retroceder. En cuanto a esos hombres, que continúen en su puesto. ¡Hay que aguantar o morir!» Gallieni dió media vuelta y fue. El comandante se quedó aterrado. Los hombres continuaron luchando o, por mejor decir, muriendo, por espacio de varias horas. Al llegar los refuerzos, las tropas francesas consiguieron repeler al enemigo. Pero de los que defendían la posición, no se salvó ni uno sólo; la brigada entera quedó aniquilada.

**

Ante los restos de Gallieni, en medio de la plaza del Hôtel de Ville, iba desfilando con pompa la comitiva oficial. Los personajes pasaban ceremoniosamente, cargados de cruces, galones, fajas, insignias, sombreros tricorones y condecoraciones. Sonaban las charangas, con acordes fúnebres. Pasaron seis carrozas cargadas de flores. Admirábase el pueblo. Ondeaban los estandartes de las tropas de honor. Todo un fervoroso tributo al gran muerto, cuyos despojos permanecían aislados en el centro de la plaza, solos en su exclusivismo, con el caballo enlutado y macilento que dormitaba en la añoranza de su dueño. Pero yo me decía: ¿y aquellos?»

¿Quién se acuerda de aquellos, los que murieron aniquilados a orillas del Ourcq? Gallieni fue un gran caudillo, sin duda; pero, ¿qué hubiera hecho sin la heroica y jamás recompensada obediencia de los que le secundaron? ¿Por qué tanto honor para el jefe, y un olvido tan hondo para sus subordinados?

Gallieni había dicho: «Hay que aguantar o morir». En esto consiste su gloria. Pero ¿quiénes fueron los que aguantaron y los que murieron? Qué es más difícil y honroso, ¿ordenar un acto heroico o ejecutarlo?... Cuando Gallieni pronunció aquellas palabras augustas, venía del silencio de su residencia, tenía el automóvil que le estaba aguardando, se hallaba rodeado de todas las facilidades materiales que son como lenitivos a los grandes dolores. Y aunque en su alma se estaba desencadenando una tormenta horrible de responsabilidad, ¿quién osaría compararla a la que roía y devastaba totalmente a los pobres soldados, por dentro y por fuera, consumiendo sus cuerpos con el hambre, la sed, el insomnio, la metralla y el fuego, y sus espíritus con la clarividencia absoluta de una muerte infalible? Y, sin embargo, para éstos no hay nada; ¡para aquél es todo!

La gloria militar a la antigua usanza, hija de la guerra, es hoy tan absurda y monstruosa como ella. La admiración desmesurada al caudillo es un sentimiento anacrónico, fanático, personalista, parcial e injustísimo. La gloria artística, política o científica, son muy distintas y mucho más razonables. La creación de una obra de arte, un invento o una vigorosa impulsión nacional son en realidad esfuerzos casi exclusivos del hombre a quien admiramos porque los produjo. Pero en las hazañas guerreras,—fruto directo no de ningún hombre, por gigantesco que sea, sino de una colectividad jerárquica de hombres,—es tan íntima la coparticipación gloriosa de los jefes y los subordinados en la empresa común y, sobre todo, tan incompensablemente desigual la proporción de los sacrificios entre unos y otros, que el ensalzamiento exclusivo de quien por ventura arriesgó y sufrió menos, llega a parecer el más negro sarcasmo contra la enorme masa olvidada que compró, con su sangre, los laureles del héroe.

Y es porque a través del tiempo, la moral colectiva y la estructura de las naciones han ido variando hasta llegar a producir lo que llamamos la conciencia y la sociedad modernas. Pero la gloria militar, como hija de un procedimiento bárbaro y no cultural, continúa todavía perpetuándose en su forma primitiva y egoísta. De suerte que nuestra conciencia íntima y nuestro ideal moderno de justicia, están en contradicción con los viejos moldes que aún empleamos para expresar nuestra gratitud a los defensores de la patria.

Han pasado los tiempos en que sólo eran héroes los que ostentaban insignias de caudillo. Hoy los pueblos no se levantan ni caen por la voluntad de un hombre, sino que triunfan o sucumben por sí mismos. La gloria militar necesita, por tanto, ser extendida e impersonalizada. Los monumentos heroicos de la antigüedad, los arcos, columnas y estatuas ecuestres, llevan todos el sello personal, exclusivista, de una época de esclavitud. En ellos no resplandece más que el nombre sonoro y la soberbia figura del dominus. La abnegación infinita de los que le encumbraron, no merece nada: el amo tenía perfecto derecho a usar de sus esclavos, y el sacrificio de éstos se estimaba tan poco que no valía ni siquiera la pena de conmemorarlo.

«Que mueran, decía el dominador,—pero que no se hable de ellos».

En el imperio neo-romano de Napoleón, sucedía lo mismo. El Arco de la Estrella, la fuente del Châtelet, el Carrousel, la columna de Vendôme, no son más que glorificaciones del hombre y de sus prodigios. Pero ninguno de ellos encumbra la memoria de los grognards, de la famosa guardia, ni de los millones de víctimas inocentes sacrificadas a los planes efímeros del Emperador.

Ante lo más íntimo y noble de la conciencia moderna, el héroe guerrero personal, egoísta y usurpador, ha muerto. En cambio, surge el sentimiento novísimo del héroe guerrero colectivo, del pueblo sacrificado en masa, como símbolo del deber patriótico. Los monumentos de mañana, si aspiran a armonizarse con la moral de su tiempo, deberán ser erigidos no en honor de héroe alguno, sino de los héroes. Y en caso de establecer una preferencia entre ellos, deberán comenzar por los débiles y los humildes, porque son los que más arriesgaron, los que ambicionaron menos y los que más sufrieron.

Mientras en la plaza del Hôtel de Ville y ante el cadáver de Gallieni desfilaba toda la representación de Francia, los restos de la brigada que pereció con un dolor infinito a orillas del Ourcq debían estar pudriéndose bajo tierra, en la soledad de los campos, olvidados de todos, sin honores ni insignias, al único amparo de una cruz tosca carcomida por el sol y las lluvias. Pero la mano del tiempo inscribirá en su irri aquellas palabras de La Bruyère, tan nobles y cuajadas de presentimiento: «El pueblo es pobre de espíritu y los grandes son pobres de corazón: aquél tiene un fondo excelente, sin ninguna apariencia; éstos son todo apariencia y esplendor superficial. ¿Es necesario escoger entre ellos? Pues no cabe duda: yo quiero ser pueblo».

GAZIEL

RÁPIDA

EN LA PLAYA

Pocos, seguramente muy pocos, se habrán detenido alguna vez a considerar la semejanza que existe entre hombres y guijarros. Vivimos tan precipitadamente, que nos falta tiempo para pensar, para reflexionar en asuntos de los cuales no derive un razonable tanto por ciento.

Sin embargo, la analogía es un hecho: la vida, el ambiente, han ejercido su influencia sobre el individuo, limando ángulos, suavizando asperezas y modelándolo, de la misma manera que el mar sobre el guijarro cuando lo arroja a la orilla, cansado de arrollarlo en su seno.

Raro es el individuo dotado de la potencia cerebral necesaria para sustraerse a tan funestas influencias. El roce de la vida nos consume, nos desgasta, ahoga en nosotros todo germen de personalidad hasta transformarnos en «honrados y perfectos ciudadanos».

Pero la fuerza de resistencia opuesta a la acción del ambiente puede variar notablemente de individuo a individuo. En efecto, hay los «graníticos», los refractarios, los egoístas, los rebeldes a todo lo que trasciende a molde, los ateos de toda calaña de dioses, los irreverentes, los grandes profanos, los que, ansiosos de descubrir las entrañas de lo que el hombre respeta por más sagrado, penetran en ello y estallan de risa porque lo más sagrado... no tiene entrañas.

J. PEREZ A.

Razones y Palos

A la luna de Valencia

Todos recordaremos que por los días del último período electoral, uno de los anzuelos de que se valieron los republicanos llamados radicales para pescar votos, fué el de que ellos habían conseguido el aumento de jornal para los obreros municipales, pues así quedó acordado en la sesión del Ayuntamiento del 25 de enero último.

Pero aquella añagaza de «amor al pueblo» sólo logró aumentar en una docena de votos el escrutinio, porque, después de transcurridos cinco meses, es el caso que el aumento de los dos reales por los que estaban en candidatura los obreros del municipio, no se ha visto por ninguna parte.

Resultado: que la victoria de los políticos representa siempre la derrota del pueblo babieca.

Pero aún hay más: a las gestiones que se han hecho para cobrar el aumento de los dos reales político-electorales se ha contestado que no hay dinero más que para gastarlo en vanidades ridículas como la procesión del Corpus, y en el gasto de coche continuo para los concejales.

Y no es esto todo. Bastantes de los obreros con derecho al cobro de las pesetas del aumento votado son de buenas familias, pues entre ellos figuran el hijo de un general, el hijo de un marqués, tres abogados, varios periodistas, cuatro curas, varios empleados de Correos y algunos señoritos elegantes.

auténticos. El Ayuntamiento, para corregir estos abusos, ha acordado... un cambio de personal y, reduciendo el número, quedan despedidos muchos de ellos que tampoco cobrarán las pesetas del aumento prometido.

No obstante, les queda un recurso a esos obreros: en los mitins electorales próximos pueden hacer la reclamación a los candidatos, y con seguridad éstos volverán a prometerles el aumento de los cuartos... crecientes de la luna.

Por la unidad de la Patria

La gruesa burguesía catalana perteneciente a la Lliga, es bien patente que ha enriquecido su opulencia aumentándola a la sombra del arancel, con el agio de los negocios de la guerra y a costa de la escasez y de la miseria del pueblo de Cataluña.

Además, según los prohombres del partido radical, los hombres de la Lliga, «con su política de odio, amagan un gran golpe certero contra la unidad de la Patria y contra el espíritu liberal de nuestra tierra».

Y para impedir que Cataluña esté representada por la Lliga con sus corrupciones políticas, con su Fomento y con el pacto del hambre, para que Cataluña no siga siendo un feudo de Prat de la Riba y de Cambó con toda la burguesía que les sigue, y que se ampara en la fuerza pública del Gobierno para ametrallar a los catalanes en huelga, el partido radical convocó al pueblo en una sentida y enérgica alocución para que, «por Cataluña y por España, por la Libertad y la Democracia», acudiera el viernes por la noche, verbena de San Juan, al... banquete del Mundial Palace en honor de los diputados provinciales señores Fulano y Zutano, y de los concejales Mengano, Merengano, etc., etc. Precio del cubierto: 5 pesetas.

Ignoramos si acudieron los obreros municipales.

No dudamos que con actos de fuerza como el llevado a cabo en el Mundial Palace durante la noche de la verbena de San Juan, el partido radical acabará con la hegemonía de la Lliga y con la tiranía de la burguesía catalana.

Y los que creen no haber relación entre un opíparo banquete y la unidad de la Patria están en un error. La unidad de criterio, de apetito y de acción congregó a aquellos hombres; y por algo la panza, además de otros nombres, también tiene el de «patria».

La que unidamente se llenaron.

Una «barra» más

En el Congreso de los diputados, el acudalado fabricante catalán señor Ferrer y Vidal, ha encomiado la necesidad de que las industrias catalanas sean atendidas preferentemente por el Gobierno.

Y tiene razón el gran explotador; predica con el ejemplo; actualmente está bien demostrada su atención por las reclamaciones de sus explotados, cuyas «necesidades» también encomia junto con sus demás cofrades capitalistas y lligaires, lanzando al hambre a miles de trabajadores.

Pero, la verdad sea dicha, el Gobierno atiende preferentemente las necesidades de los burgueses de la industria catalana en los momentos actuales. Dígalo si no Suárez Inclán, representante del Gobierno en Barcelona, facilitándole prodigamente toda la policía y guardia civil necesaria para la buena marcha de la industria manufacturera de huelguistas.

Ferrer y Vidal terminó su discurso diciendo que «la base del engrandecimiento de los pueblos es el trabajo de los hombres».

De ahí que, consecutivamente con sus palabras, casi todo el numerosísimo personal de sus fábricas lo constituyan... mujeres y niñas, ciscándose en ellas y en la ley protectora de las mismas.

Ferrer y Vidal es capaz de añadirle una barra más al escudo catalán monopolizado por la Lliga...

Porque ¡cuídado que es gruesa la barra de este señor, el cual no se para en barras para nada!

Ni aun para organizar corridas de toros a beneficio (?) de la sopa para los pobres.

Una pica en... Reus

Somos lectores de La Justicia Social de Reus. Es el único periódico socialista de España que no nos cae de las manos; su lectura no concita el sueño como los demás y en él hallamos siempre algo interesante, algo que vibra.

Es cierto que sus menudencias adolecen de ser demasiado menudas y superficiales, pero no obstante algunas veces dicen algo...

Y con quien las emprende repetidamente es con los republicanos que se pasan a la monarquía.

El otro día le recordámos que su partido va del brazo insistentemente con esos republicanos farsantes y que, como estos, su partido sigue el mismo derrotero que conduce a lo mismo: a la conquista de cargos públicos y carteras ministeriales en conjunción y colaboración con los partidos gobernantes.

Y saben nuestros lectores que ha contestado a ello La Justicia Social? Pues... que algunos anarquistas también se han pasado a... la policía, y que, por lo tanto, en todas partes cuecen habas.

Bueno, pero nosotros no nos referíamos a los individuos que dentro de los partidos son traidores a los mismos, sino a los partidos que, por el peso de una minoría de farsantes hacen traición a las doctrinas y a las convicciones de sus correligionarios.

El colega socialista confunde los huevos con las habas...

Además, ¿no tiene otro argumento que este de... la policía? Porque eso ya lo ha dicho otras veces. Es una salida muy gastada; resulta una pica en... Reus.

MONTEGUALDO

«Vida Anarquista»

por ANSELMO LORENZO

Tenemos a la venta al precio de una peseta, este libro, segundo volumen de la BIBLIOTECA de TIERRA Y LIBERTAD.